

Laureano Guevara

Laureano Guevara fue una de las figuras principales de su grupo. Muere en los umbrales de los ochenta años y, por lo largo de su carrera artística, conoció dos generaciones muy definidas, la del 13 y el Grupo Montparnasse, que le comunican respectivamente sus rasgos estilísticos.

Si ambos movimientos no hubieran sido en cierto modo antagónicos no merecerían ser citados. Es decir, que la interesante trayectoria del artista se habría deslizado sin altibajos y sin inquietudes. Pero la pintura del lejano alumno de Sotomayor cambió con el correr del tiempo y fue modificándose a medida que cambiaba la sensibilidad y el modo de observación.

Los rasgos estilísticos del "trece" están presentes en muchas de sus obras tempranas: intimismo, sensación de reposo, lenguaje plástico hecho de tonos crepusculares, insistencia en un lirismo menor, comunión intensa con la naturaleza. De estos paisajes de la etapa juvenil surge a veces una profunda y sensitiva melancolía. Pero tal impresión es vagorosa y fugaz. Debe adivinarse por estar sugerida más que expresada.

Esto fue resultado del influjo de Sotomayor. La pintura chilena en esos pocos años derivó, si cabe expresarse así, hacia una pintura "a la española". Después se produjo un violento "tournant" hacia el arte galo y de ello fue consecuencia el "Grupo Montparnasse".

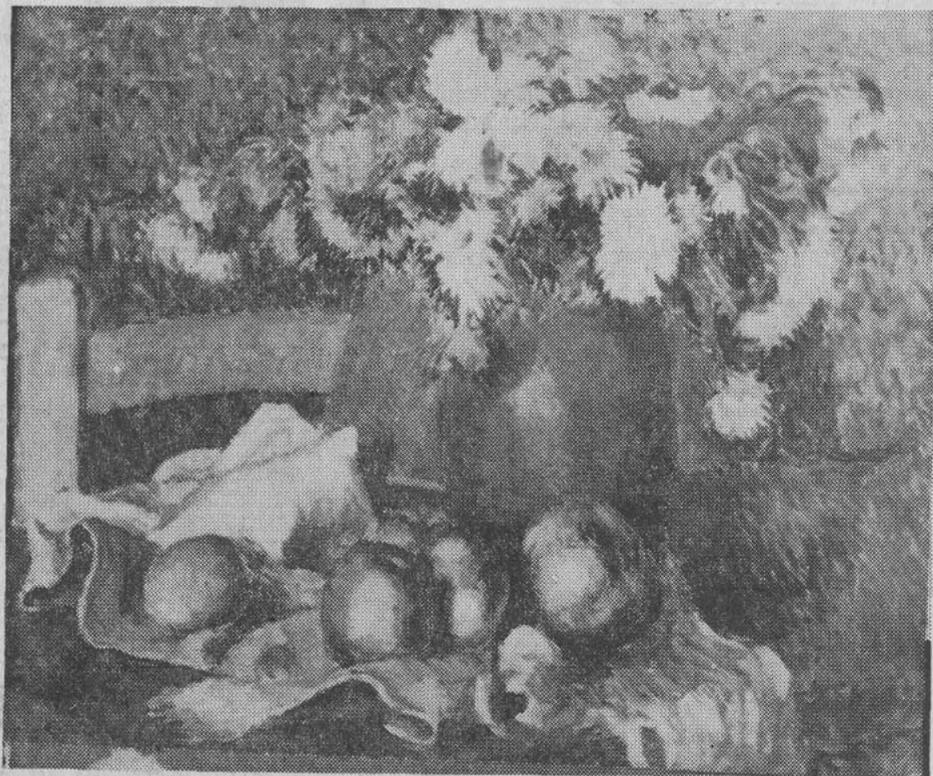
El momento decisivo de la mutación en nuestro admirable artista se produce hacia 1929. En el cambio resultó esencial su viaje a Europa. Tres paisajes, "Ca-

sa blanca" (Dinamarca), 1929, "Paisaje danés", 1929, y "Englischer Garten" (Munich), 1930, suponen, dentro de su expresionismo monumentalista y de la modulación tonal, un atisbo de contacto con la pintura de Cézanne. El recuerdo de la obra del maestro de Aix retornará más tarde en una tela de las postrimerías del 40, cuando la estética de nuestro artista es ya una cosa enteramente personal.

La lección del francés no es seguida servilmente. El pintor halla en sí mismo el equilibrio y las estructuras de su pintura. El signo plástico, hecho de rigor constructivo, ajeno a descuidos e improvisaciones, se ha ido formando, sobre todo, en las disciplinas del muralista. Los elementos de la composición se ordenan según esquemas previos, inclusive en aquellas telas de más aparente naturalismo, como es posible ver en una obra notabilísima de 1956, "Camino de Algarrobo", clave y cabeza de la mejor serie producida por el artista a lo largo de su fecunda carrera.

Esta obra y las que captan los temas de orillas del Pacífico señalan el triunfo de un gran artista. A medida del transcurso del tiempo Laureano Guevara ha ido acentuando las exigencias de unas creaciones más enteramente suyas, más depuradas y sencillas.

Debemos anotar, como un fenómeno característico del maestro, el retorno a la percepción del paisaje de la Zona Central. En las telas de este período final aparecen similitudes con el estilo de Valenzuela Llanos. Las semejanzas están más en el motivo inspirador y en la inmersión en



"Manzanas y Reinas Luisas", obra de Laureano Guevara

una misma atmósfera espiritual que en el seguimiento plástico a ese maestro.

Guevara viene a ser, así, uno de los eslabones de la corriente estética del paisaje central, empezada con Antonio Smith. Su manera de innovar no consistió en desmentir los supuestos venidos de tan lejos, sino en hacer que lo nuevo tomara de la tradición lo susceptible de evolucionar con arreglo al espíritu de la época.

Digamos algo de sus años de formación.

Estudió con diversos maestros: Pedro Lira, Alvarez de Sotomayor, Valenzuela Llanos, Richon Brunet y Juan Francisco González. Viajó a Europa en 1924 y, en París, asis-

tió a los cursos de la Grande Chaumiére. En 1927, a su regreso a la patria, es designado profesor de Grabado en la Escuela de Bellas Artes. Vuelve a Europa al año siguiente y obtiene un galardón en la Exposición Internacional de Sevilla. Esos días centran una gran actividad de perfeccionamiento y visitas a las Galerías de Francia, Italia, Alemania, Dinamarca, España, etc. Durante varios años Laureano Guevara dirigió el curso de pintura mural de la Escuela de Bellas Artes.

La pintura del maestro se forjó en el choque de una dual corriente: lo que tomó a lo largo de un aprendizaje severo y lo que aportó su misma sensibilidad y vocación. Los

maestros chilenos le transmitieron los fundamentos de la técnica. Los viajes a los centros de gran riqueza creadora impregnaron su obra del hábito sutil de los "ismos", sin lograr arrebatarle lo esencial de su personalidad.

Decía Isaias Cabezón, un compañero ya fallecido de su pléyade, que frente a los paisajes del artista tal vez pudiera hablarse ya de una "escuela santiaguina de pintura". En todo caso las vistas realizadas por Laureano Guevara del paisaje de la Zona Central en los últimos veinte años están ahí como una herencia de sensibilidad y de dominio técnico dejada a las generaciones sucesivas.

Antonio R. Romera.